

« los herejes Albigenses nombraron un antipapa llamado Barthelemi « en los confines de la Bulgaria, de la Croacia y de la Dalmacia. » Después se ve que los Albigenses iban en tropas á consultarle; que tenia un vicario en Carcasona y en Tolosa, y que enviaba sus obispos á todas partes; lo que concuerda evidentemente con lo que decia Enervin¹, que estos herejes tenian su pápa, si bien dice que no todos le reconocian. Y para que no se dude del error de estos albigenses de quienes habla Mateo Paris, dice el mismo autor que los Albigenses de España, que tomaron las armas el año de 1234, entre otros muchos errores, negaban principalmente el misterio de la Encarnacion².

LVIII.— Profunda hipocresía de estos herejes, según Enervin.

En medio de tantas impiedades tenian estos herejes un exterior que sorprendia. Enervin les hace hablar en estos términos³: « Vosotros, decian á los Católicos, juntais casa á casa y campo á campo; los más perfectos de entre vosotros, como los monjes y los canónigos reglares, si no poseen bienes propios, los tienen á lo menos en común. Nosotros, que somos los pobres de Jesucristo, sin reposo, sin domicilio fijo, andamos de ciudad en ciudad como ovejas en medio de los lobos, y somos perseguidos como los Apóstoles y los Mártires. » Después ponderaban sus abstinencias, sus ayunos, la senda estrecha por donde caminaban; y decian que eran los únicos que seguian la vida apostólica, porque contentándose con lo necesario, no tenian casa, ni tierras, ni riquezas; « porque Jesucristo, decian, no habia poseido esas cosas, ni habia permitido á sus discipulos que las tuviesen. »

LIX.— Y tambien según san Bernardo. Conformidad de sus discursos con los del maniqueo Fausto, que se leen en san Agustin.

Segun san Bernardo, su modo de hablar en la apariencia no podía ser mas cristiano, ni mas irreprehensibles sus costumbres⁴. Así se llamaban ellos mismos los Apostólicos⁵, y se jactaban de tener la vida de los Apóstoles. Me parece que estoy oyendo á Fausto el maniqueo que decia á los Católicos, según se lee en san Agustin⁶: « Vosotros

¹ Ep. Enerv. ad S. Bern. Anal. Mabil. III. — ² Ibid. an. 1234, p. 395. — ³ Anal. III, p. 434. — ⁴ Serm. LXV in Cant. n. 5. — ⁵ Serm. LXVI, n. 8. — ⁶ Lib. V cont. Faust. cap. I, tom. VIII, col. 193.

« me preguntais si recibo el Evangelio. Bien lo veis en el hecho de « observar lo que prescribe el Evangelio: á vosotros debo yo preguntaros si le recibís, pues yo no veo ninguna señal de ello en « vuestro modo de vivir. Yo por mí he dejado padre, madre, mujer é hijos, el oro, la plata, la comida, la bebida, las delicias, los « placeres, contento con tener de un día á otro lo necesario para vivir. Yo soy pobre, soy pacífico, lloro, padezco hambre y sed, y « soy perseguido porque soy justo: ¿y dudais si admito el Evangelio? » Después de esto, ¿ se mirarán todavía las persecuciones como una señal de la verdadera Iglesia y de la verdadera piedad? Pues esto es hablar como un maniqueo.

LX.— Su hipocresía confundida por san Agustin y por san Bernardo.

Pero san Agustin y san Bernardo les hacen ver que su virtud no era mas que una vana ostentacion. Llevar la abstinencia de las carnes hasta decir que son inmundas y malas por su naturaleza, y la continencia hasta el punto de reprobar el matrimonio; es por un lado contradecir al Criador, y por otro soltar la rienda á los malos deseos, dejándolos absolutamente sin remedio¹. Jamás creais nada bueno de los que exageran la virtud. El desarreglo de su entendimiento, que les hace hablar con esa exageracion, introduce mil desórdenes en su vida.

LXI.— Infamia de estos herejes, y principalmente de los Patarianos.

Sabemos por san Agustin que esta gente, que creia no le era permitido el matrimonio, tenia por lícita cualquiera otra cosa: lo cual consistia en que, según sus principios, vergüenza me da decirlo, á lo que propiamente se debia tener horror era á la concepcion; y se deja conocer que puerta quedaba abierta á las abominaciones de que han sido convencidos los Maniqueos antiguos y modernos. Pero como entre las diferentes sectas de estos nuevos Maniqueos habia sus grados de maldad, los mas infames de todos eran los que se llamaban Patarianos²: lo que me parece debo advertir, porque nuestros reformados los cuentan nombradamente entre los Valdenses, á quienes se glorian de tener por sus mayores³.

¹ Bern. serm. LXVI in Cant. — ² Ren. c. 16; Ebrard. c. 26, t. IV; Bib. PP. I part. p. 1178; Ren. c. 6, t. IV; Bib. PP. II part. p. 753. — ³ La Roq. Hist. de l'Euch. II part. c. 18, p. 445.

LXII.— *Doctrina de estos herejes, que el efecto de los Sacramentos depende de la santidad del que los administra.*

Los que mas alaban su virtud propia y la pureza de su vida, son comunmente los mas corrompidos. El lector habrá observado como estos impuros maniqueos se han gloriado en su origen y en los tiempos posteriores de la secta, de tener una virtud mas severa que los demás; y para darse mas mérito decian que los Sacramentos y los misterios perdian su fuerza en manos impuras. Importa observar bien esta parte de su doctrina, que hemos visto en Enervin, en san Bernardo, y en el concilio de Lombez. Por esta razon repite por dos veces Renier¹, que la imposicion de manos que ellos llaman la consolacion, y en la cual ponian la remision de los pecados, era inútil á quien la recibia, si el que la daba estaba tambien en pecado, aun cuando su pecado fuese oculto. La razon que daban de esta doctrina, segun Ermengard², es que cuando se ha perdido el Espiritu Santo, no se le puede dar; que era la misma razon que alegaban los antiguos Donatistas.

LXIII.— *Condenan todos los juramentos y el castigo de los crimenes.*

Tambien, para darse el aire de santos, y elevarse sobre los demás, decian que el cristiano jamás debe afirmar la verdad con juramento³, por cualquiera causa que sea, ni aun en justicia; y que no era lícito castigar á nadie con pena de muerte, ni aun á los mayores criminales⁴. Los Valdenses tomaron de ellos, como veremos, todas estas máximas exageradas y todo este vano exterior de piedad.

LXIV.— *Respuesta de los ministros, que la imputacion de maniqueismo es calumniosa. Demostracion en contrario.*

Tales eran los Albigenses, segun todos los autores de aquel tiempo, sin exceptuar ni uno solo. Los Protestantes se avergüenzan, y por toda respuesta nos dicen que estos excesos, errores y desórdenes de los Albigenses son calumnias de sus enemigos. Pero ¿han dado ni una prueba siquiera de lo que aseguran, presentan ni siquiera un autor contemporáneo de los Albigenses, ó de mas de cuatrocientos

¹ Ren. c. 6, ibid. p. 736, 739. — ² Ermeng. c. 14, de imp. man. ibid. p. 1234. — ³ Bern. serm. LXV in Cant. n. 2. — ⁴ Ebrard. c. 14, 15; Erm. c. 18, 19; ibid. p. 1134, 1136, 1260, 1261.

años despues, que los justifique? Nosotros por nuestra parte presentamos tantos testigos como autores ha habido en todo el universo que han hablado de esta secta. Los que han estado en su creencia nos han revelado sus abominables secretos despues de su conversion: seguimos á esta damnable secta hasta su origen: demostramos de dónde ha venido, los puntos por donde ha pasado, todos sus caracteres, y toda su descendencia que la liga al Maniqueismo. Se nos oponen conjeturas; pero ¡qué conjeturas! Las vamos á ver; y aun quiero presentar las mas verosímiles.

LXV.— *Exámen de la doctrina de Pedro de Bruis. Objecion de los ministros sacada de Pedro el Venerable.*

El mayor esfuerzo que hacen nuestros adversarios es para justificar á Pedro de Bruis y á su discípulo Enrique. Dicen: San Bernardo les acusa de condenar las carnes y el matrimonio, pero Pedro el Venerable, abad de Cluni, que refutó casi en aquel mismo tiempo á Pedro de Bruis, no habla de estos errores, y no le atribuye mas que cinco: negar el bautismo de los párvulos, condenar los templos sagrados, romper las cruces en vez de adorarlas, desechar la Eucaristia, y mofarse de las ofrendas y oraciones por los muertos¹. San Bernardo asegura que este hereje y sus sectarios *no recibian sino el Evangelio*²; pero Pedro el Venerable lo dice *en duda*. «La voz pública es, dice³, que vosotros no creéis absolutamente ni á Jesucristo ni á los Apóstoles; pero no se debe creer ligeramente en rumores, porque comunmente son falsos, pues hasta hay quien dice que recusais todo el cánon de las Escrituras.» Sobre lo cual añade: «Yo no quiero censuraros por lo que no es cierto.» Los Protestantes alaban aquí la prudencia de Pedro el Venerable, y vituperan la credulidad de san Bernardo, que habia dado crédito ligeramente á rumores confusos.

LXVI.— *Doctrina de Pedro de Bruis, segun Pedro el Venerable.*

Pero primeramente, aunque no se tenga en cuenta mas que lo que el Abad de Cluni reprende como cierto en este hereje, hay mas que lo suficiente para condenarle. Calvino tiene por blasfema la doctrina que niega el bautismo de los párvulos⁴. Negarlo con Pedro de

¹ Pet. Ven. cont. Petrob. t. XXII; Bib. Max. p. 1034. — ² Serm. CXV in Cant. n. 3. — ³ Pet. Ven. ib. p. 1037. — ⁴ Opusc. cont. Servet.

Bruis y con su discípulo Enrique, era rehusar la salvacion á la edad mas inocente que hay entre los hombres : era decir que despues de tantos siglos en que cási se bautiza solamente á los párvulos, no hay bautismo en el mundo, no hay Sacramentos, no hay Iglesia ni cristianos. Esto es lo que daba horror á Pedro el Venerable ; ni son menos intolerables los demás errores de Pedro de Bruis , que refutó este venerable autor. Oigamos lo que le echa en cara respecto de la Eucaristía el santo Abad de Cluni , que acaba de declarar que no quiere objetarle nada que no sea cierto. «Él niega, dice¹, que puedan hacerse presentes el cuerpo y la sangre de Jesucristo en virtud de la divina palabra y del ministerio del sacerdote, aseguran- do que todo lo que se hace en el altar es inútil.» Esto no es negar solamente la verdad del cuerpo y de la sangre, sino rechazar absolutamente la Eucaristía como los Maniqueos. Y por esta razon añade poco despues el santo Abad : «Si vuestra herejía se encerrase en los límites de la de Berengario, que negando la verdad del cuerpo, no negaba el Sacramento ; ó la apariencia y la figura, os remitiria á los doctores que le han impugnado. Pero vosotros, prosigue un poco despues, añadís error á error, herejía á herejía, y no solamente negais la verdad de la carne y de la sangre de Jesucristo, sino tambien su Sacramento, su figura y su apariencia ; así dejais al pueblo de Dios sin sacrificio.»

LXVII.—*San Bernardo fue tan circunspecto como Pedro el Venerable.*

En cuanto á los errores que no menciona este santo Abad, es fácil comprender que no habla de ellos, porque no estaban todavía bastante averiguados, y porque no se habian penetrado al principio todos los secretos de una secta de tantos efgios y dobleces. Descubriáanse poco á poco ; el mismo Pedro el Venerable dice que Enrique, discípulo de Pedro de Bruis, habia añadido mucho á los cinco capítulos que se reprendian en su maestro². Tenia en la mano el escrito de donde habia recogido de la propia boca del heresiarca todos sus nuevos errores ; pero aquel santo Abad esperaba, para refutarlos, á asegurarse mas. San Bernardo, que habia visto de cerca á estos herejes, sabia mas acerca de ellos que Pedro el Venerable, que escribía segun lo que habia oido ; pero no lo sabia todo,

¹ Opusc. cont. Servet. p. 1037. — ² Ep. ad Episc. Arel., etc., ante Epist. contra Petrob. ibid. p. 1034.

y por esta razon no se atrevia á llamarlos redondamente Maniqueos¹, porque no era menos circunspecto que Pedro el Venerable en no imputarles nada que no fuese cierto. En efecto, véase cómo habla de sus impurezas : *Se dice que hacen en secreto cosas vergonzosas*². *Se dice*, todavía no lo sabia con certeza, por lo cual no se atrevia á asegurarlo : los que lo han sabido lo han asegurado ; pero esta discrecion de san Bernardo prueba cuán cierto era lo que él vituperaba.

LXVIII.—*Respuesta á la objecion de la credulidad de san Bernardo.*

Pero era crédulo, se dice, y así se lo echaba en cara Oton de Frisinga, su contemporáneo. Oigamos esta conjetura á que dan tanto valor los Protestantes³. Es verdad ; Oton de Frisinga tenia por muy crédulo á san Bernardo, porque hizo condenar los errores manifiestos de Gilberto de Porrée, obispo de Poitiers⁴, que su discípulo Oton intentaba excusar. Esta reconvenccion de Oton es, pues, una excusa de un discípulo apasionado á favor de su maestro. Veamos, sin embargo, en qué consistia, segun él, la credulidad de san Bernardo. «Este Abad, dice Oton⁵, por el fervor de su fe, y por su bondad natural, era bastante crédulo ; de modo que llegaban á serle sospechosos aquellos doctores que se fiaban demasiado en la razon humana, y en la sabiduría del siglo ; y si le decian que su doctrina no era enteramente conforme á la fe, lo creia fácilmente.» ¿Y hacia mal en esto? No por cierto : la experiencia acredita que Pedro Abelardo, que le era sospechoso por esta causa, y Gilberto, que explicaba el misterio de la Trinidad mas bien por los Tópicos de Aristóteles, que segun la tradicion y la regla de la fe, se extraviaron del buen camino, pues que sus errores, condenados por los Concilios, están igualmente abandonados por los Protestantes que por los Católicos.

LXIX.—*San Bernardo no imputa nada que no sepa á Pedro de Bruis, y á Enrique, seductor de los Tolosanos.*

No acusemós, pues, de crédulo á san Bernardo. Si nos presenta á Enrique, el discípulo de Bruis y el seductor de los Tolosanos, como al mas malvado é hipócrita de los hombres, todos los autores de

¹ Serm. LXVI in Cant. — ² Serm. LXV. — ³ Albert. La Roq. — ⁴ Oth. Fris. in Frider. lib. I, c. 46, 47. — ⁵ Ibid.

aquel tiempo pensaban lo mismo¹. Los errores que atribuye á los discípulos de estos herejes, están averiguados, y se descubrian mas y mas cada día, como se verá en la continuacion de esta historia. Ni san Bernardo les imputaba temerariamente los que hallamos en sus sermones. «Yo quiero, dice², referiros sus impertinencias, que «nos constan por las respuestas que sin reflexionarlo han dado á los «Católicos, ó por las recriminaciones mútuas que ellos mismos han «hecho públicas, ó por lo que han confesado algunos de ellos que se «han convertido.» Por estos medios se supieron aquellas impertinencias que llama san Bernardo, y que con el tiempo se supo que eran blasfemias. Aunque no se notara en los Enriquianos mas que su ciega adhesion á las mujeres que tenian en su compañía, como refiere san Bernardo, y con las cuales pasaban su vida encerrados en un mismo cuarto de día y de noche, bastaria esto para tenerles horror. Sin embargo, la cosa era tan pública, que san Bernardo queria que se les conociese por esta señal. «Decidme, amigo mio, les preguntaba³, ¿qué mujer es esta? ¿Es vuestra esposa? No, responden «ellos; esto no conviene á mi profesion. ¿Es vuestra hija, vuestra «hermana, sobrina? No; no tengo con ella ningun parentesco. Pues «¿sabeis que no se permite, segun las leyes de la Iglesia, á los que «hacen profesion de guardar continencia vivir con mujeres? Despedid, pues, á esa, si no quereis escandalizar á la Iglesia: de otra «manera este hecho que es público nos hará sospechar lo demás que «no lo es tanto.» No era muy crédulo en esta sospecha: y la torpeza de aquellos falsos continentes se reveló despues á toda la tierra.

LXX.—*Conclusion. Es una mala vergüenza reconocer por sus padres á los Albigenses.*

¿En qué consiste, pues, que los Protestantes tomen la defensa de estos malvados? La causa es muy clara: el deseo de encontrar antecesores. Solo hallan unas gentes que repelen el culto de la cruz, la oracion á los Santos, y la oblacion por los muertos. Les es muy sensible no fijar los principios de su Reforma sino en los Maniqueos; pero como hablan mal del Papa y de la Iglesia romana, la Reforma está bien dispuesta en su favor. Los Católicos de aquel tiempo les culpaban de que pensaban mal de la Eucaristía. Nuestros Protes-

¹ Epist. CCXLI ad Hildef. cum. Pet. Ven. Act. Hild. Anal. III, p. 312 et seq., etc. — ² Serm. LXV in Cant. n. 8. — ³ Ibid. n. 6.

tantes bien quisieran que hubieran sido unos simples Berengarianos, y no Maniqueos, á quienes desagradaba la Eucaristía en su fondo. Pero, en fin, aunque así fuese, semejantes reformados, que vosotros decís que son gente vuestra, ocultaban su doctrina, «frecuentaban las iglesias, honraban á los sacerdotes, iban á la ofrenda; se confesaban, comulgaban, tomaban con nosotros, prosigue «diciendo san Bernardo, el cuerpo y la sangre de Jesucristo¹.» De consiguiente, asistian á nuestras reuniones, que detestaban en su corazon como conventículos de Satanás; á la misa, que miraban, en su error, como una idolatría y un sacrilegio; y en fin, á los ejercicios de la Iglesia romana, que ellos tenian por el reino del Antecristo. ¿Y estos eran discípulos del que mandó predicar su Evangelio desde los techos? ¿Son estos los hijos de la luz? ¿Son estas obras de las que se hacian en medio del día, ó de las que la noche debia ocultar? En una palabra, ¿son estos los predecesores que se apropia la Reforma?

HISTORIA DE LOS VALDENSES.

LXXI.—*Principio de los Valdenses, ó Pobres de Lyon.*

No sirven mas los Valdenses que los Albigenses, para establecer una sucesion legitima. Su nombre viene de Valdo, autor de la secta: tuvieron principio en Lyon, y se les llamó los Pobres de Lyon, por la pobreza que aparentaban: y como la ciudad de Lyon se llamaba entonces en latin *Leona*, se les llamó tambien Leonistas ó Lyonistas, como si dijésemos lyoneses.

LXXII.—*Nombres de la secta.*

Los llamaron tambien *Insabbatés*, de una palabra antigua que significaba zapato, de donde han venido otras voces de igual significacion, que todavía se usan en muchas lenguas, lo mismo que en francés. Y se les llamaba *Insabbatés*², á causa de ciertos zapatos de una hechura particular que cortaban por arriba para que se viesen los

¹ Serm. LXV in Cant. n. 8; Ecbert. Ren. — ² Ebrard. *ibid.* c. 25; Conrad. Ursper. Chron. ad an. 1212.